

ANA FORNER

Descubriéndonos

A CIENTO CINCUENTA
PULSACIONES
POR MINUTO, 1



Ana Forner

Descubriéndonos. A ciento cincuenta
pulsaciones por minuto, 1
Bilología *A ciento cincuenta pulsaciones por minuto*



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ana Forner, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)

www.esenciaeditorial.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta a partir de la idea original de Tiaré Pearl

Imagen de la cubierta: Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: octubre de 2022

Depósito legal: B. 15.832-2022

ISBN: 978-84-08-26360-9

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Noe

Dicen que siempre es un buen momento para empezar de nuevo o para cambiar el rumbo de tu vida. La mía empezó, sin ser yo consciente, por segunda vez en Ubiarco, una pequeña localidad del municipio de Santillana del Mar, en Cantabria. Allí me crié, al amparo de sus acantilados verticales y rasgados, de sus prados verdes y del azul del mar, del color de la tinta. Tinta cantábrica que penetra en tu piel y en tu alma. Yo tengo a mi tierra tatuada en cada fibra de mi ser y no hay día en que no eche la vista atrás, no con el anhelo de regresar, pero sí con la necesidad de recordar... a mi familia, mi casa y todos esos lugares que me vieron crecer; esos senderos que recorrí infinidad de veces, corriendo más que andando cuando era pequeña, y luego ya con la calma que te dan los años; mis playas de Tagle y Santa Justa, tan agrestes y salvajes, en las que reí a carcajadas, en las que soñé despierta, en las que lloré desconsolada y en las que dejé mis huellas mientras me convertía en la mujer que soy ahora. Y siempre frente al mar, porque yo soy de mar.

Me llamo Noelia, Noe para los amigos y la familia, y esta es mi historia. La que escribo día a día, con mis aciertos y equivocaciones, a veces creo que con más equivocaciones que aciertos, sobre todo en lo referente al amor. Y puede que el problema resida en mí, quién sabe, pero no consigo encontrar a mi alma gemela, esa mitad de la que todo el mundo habla. Aunque tam-

bién es posible que yo no la tenga y mi destino sea terminar sola. Vistos mis inicios y el rumbo que ha tomado mi vida últimamente, tampoco es que me extrañe demasiado, porque todos mis «creía» y mis «estaba segura» se han ido derrumbando poco a poco, como si fuesen un castillo de naipes, hasta dejarme desprovista de ellos.

Te cuento. Yo siempre había pensado que podías ser amiga de un tío y que el asunto no fuera a más; de hecho, siempre he tenido más afinidad con los hombres que con las mujeres, y Chase, mi vecino, era la prueba de ello. Nos llevábamos fenomenal, en serio, y nunca lo vi como a un posible ligue ni nada por el estilo a pesar de lo majo que es y de su físico apabullante. Déjame aclararte que es tan sumamente guapo que al principio me resultaba intimidante hasta a mí, que no me intimidó con cualquier cosa; además, tiene los ojos azules más bonitos que hayas visto nunca, pero no del azul del mar Caribe, sino del azul de mi mar, del Cantábrico. Chase es como los acantilados que me vieron crecer, porque es imponente, peligroso, pero en el buen sentido, y muy atrayente, tiene ese «algo» que te atrapa desde el principio y que hace que desees regresar una y otra vez a su lado. Imagina el revuelo que ocasionó en nuestro pequeño apartamento el día que llamó a la puerta para presentarse; con su pelo castaño, medio despeinado, esa sonrisa, sexy a rabiar, y esos ojos azules que ya quisiera para mí. Casi nos caímos de espaldas Ada, mi compañera de piso, y yo de la impresión, porque no es solo su cara, es su cuerpo; su perfecto y esculpido cuerpo, tan duro como las rocas de mis acantilados. Sobra añadir que estuvimos unas cuantas semanas un pelín obsesionadas con él, pero eso pasó, nos hicimos amigos y más tarde muy buenos amigos, tanto incluso como para darnos consejos sobre el amor y todas esas cosas, y por supuesto que el asunto nunca fue más allá de una buena amistad... hasta que fue y mi castillo de naipes quedó esparcido por los suelos.

Recuerdo que ese día fue como cualquier otro. Llegué del despacho cansada y saturada, soñando con comer algo, darme una ducha y tirarme en el sofá para seguir devorando el libro que tenía entre manos. Esto no te lo he contado, pero me en-

canta leer. Ver películas y series está bien, pero leer es nivel Dios, porque dudo seriamente que se pueda sentir lo mismo frente a una pantalla que frente a un libro, pero no me hagas mucho caso, ya te he dicho que todo lo que yo creía está en estos momentos por los suelos. A lo que iba, todo marchaba según lo previsto; picoteé algo en la cocina y fui al baño. Recuerdo que, mientras estaba bajo el chorro de agua, mi mente imaginaba una y otra vez el beso que iban a darse los protagonistas de la novela que estaba leyendo, tras casi doscientas páginas de varios tira y afloja. Esto tampoco te lo he mencionado, pero, aunque leo de todos los géneros, exceptuando el terror, con ese no puedo, mi predilecto es el romántico-erótico. Para el caso, terminé de ducharme y, mientras me secaba, llamaron a la puerta. Di por hecho que sería Ada y, sin molestarme en vestirme y con una simple toalla envolviendo mi cuerpo, fui a abrir. Solo que no era Ada, sino Chase.

Y ahí, justo en este momento, fue cuando mi vida cambió de nuevo.

Ahora, visto desde la distancia y tras asumir las consecuencias, qué remedio, me doy cuenta de que tendría que haberle pedido que esperara unos minutos para que pudiera vestirme, solo que no lo hice; es más, ni siquiera me lo planteé, porque era Chase, mi vecino y mi mejor amigo, y porque confianza entre nosotros había más que de sobra. Ay, Señor, cuántas cosas catastróficas nos evitaríamos si no diéramos las cosas por hechas tantas veces, porque cómo la fastidiamos, *Diosmíodemivida*, porque lo miré, me miró y ya no pude soltarme de su mirada y, sí, sé que suena muy novelesco, peliculero y todo lo que tú quieras, sobre todo para mí, pero es que es la verdad, me quedé enganchada a sus ojos y en cuestión de segundos sentí que todo cambiaba entre nosotros porque ya no era solo Chase, mi vecino y mi mejor amigo, sino únicamente Chase, sin todo el rollo de después, y cuando conseguí soltarme de su mirada no es que lo solucionara precisamente, porque acabé con la vista fija en sus labios. Creo que perdimos la cabeza o vete tú a saber, porque al segundo nos estábamos convirtiendo en los protagonistas de mi libro, dándonos ese beso que todavía no había leído. Te juro que si cierro los ojos todavía puedo sentir su cuerpo

pegado al mío, su lengua enredada con la mía y el tacto de su pelo entre mis dedos mientras los suyos descubrían mi piel.

Virgensanta, pedazo de beso nos dimos, con gemidos incluidos. Creo que eso fue lo que nos hizo reaccionar y tras un «vaya, lo siento, no sé qué me ha pasado» por su parte y un «no te preocupes, será la primavera» por la mía, lo vi salir disparado hacia su casa.

En realidad, todavía no sé si fue la primavera, que yo llevaba un buen rato imaginando ese beso que iba a leer o simplemente que tenía que ocurrir. De todas formas, ya da igual.

Lo que vino después es sencillo de resumir. Lo evité tanto como pude. Me evitó tanto como pudo. Organicé una fiestecilla en mi piso para echarle un cable a Ada con Nick, su jefe —es una larga historia, ya irás enterándote—. Lo invité, a Chase, me refiero. Aceptó la invitación. Deseé abrir un boquete en el suelo que llegara al núcleo de la tierra para tirarme de cabeza por él durante los breves minutos que duró nuestra conversación. Nos ignoramos todo lo que pudimos durante la fiesta. Seguimos ignorándonos durante más semanas. Luego intenté hacerme la encontradiza. Fracasé. Tuve cientos de conversaciones con él en mi mente y en la actualidad estoy cabreada como una mona sin haber mantenido ninguna. Dime que me entiendes un poco, por favor. Y permíteme un inciso: si vas a formar parte de mi vida, y entiéndase como seguir leyendo, no me juzgues, ¿vale? Ni ahora, que estamos al principio, ni después, cuando venga lo que tenga que venir, porque aquí nadie es perfecto, ni tú, querido/a lector/a, y porque no siempre tenemos que entender las decisiones que toma el otro, sino aceptarlas. Creo que ahí está el verdadero desafío de la vida y puede que el secreto de la felicidad. En aceptar al otro como es. En aceptarnos a nosotros como somos. Y en aceptar la vida como venga. Sin juicios, sin expectativas y sin creernos poseedores de la verdad absoluta. Qué ego más enorme tenemos... yo también, no te creas. Pero estoy segura de que el día en que dejemos de creernos jueces, será cuando seremos felices y también libres.

Me he perdido, ¿por dónde iba? ¡Ah, sí!, por Chase y mis estados de ánimo. A ver, si nos besamos a finales de abril y estamos a mediados de octubre, han pasado unos seis meses más

o menos, ¿no? Pues en ese corto espacio de tiempo a mis estados de ánimo y a mí nos ha dado para perder a mi mejor amigo y también a Ada, porque mi fiestecilla funcionó y lo suyo con Supernick funciona tan bien que viven juntos e incluso van a casarse. Mi vida es la leche, lo sé. ¿Quieres cambiármela por la tuya al menos durante un rato? Y eso que no sé qué tal es, que igual estoy de coña si me comparo contigo... Mira, casi mejor déjalo estar, a ver si termino peor de lo que estoy.

El caso es que he pasado de convivir con mi mejor amiga y tener a mi mejor amigo viviendo en la puerta de enfrente a estar más sola que la una, y es cierto que tengo más amigos, pero no es lo mismo porque durante la semana estamos todos demasiado ocupados como para poder vernos, aunque también es cierto que, de vez en cuando, logramos encontrar algún hueco para tomarnos unas cervecitas o cenar juntos. Yo soy de las que nunca fallan y la típica que llega la primera y se marcha la última. ¿Tú también eres de esas o, por el contrario, eres de las que siempre se escaquea? Ada es del segundo grupo, de las que se escaquea, vamos, y siempre he tenido que tirar de ella para que aguantara un poquito más cuando montaba un sarao en casa, pero luego es fiel a las personas que quiere y se esfuerza por mantener los lazos. Ahora está preocupada por mí, aunque no me lo diga, así que hoy hemos quedado para comer y gracias, porque, aunque yo tampoco se lo diga, la echo mucho de menos. Si es que tras esta apariencia de chica dura que puede con todo hay una tía supersensible, solo que eso me empeño en ocultarlo porque a nadie le importa y porque esta ciudad no es para blandengues.

Puede que te estés preguntando por mi familia... Todos bien, gracias. ¡Es broma! Mi familia vive en España, ya sabes, a unas horitas de nada de Nueva York, así que, aunque hablo mucho con mis padres, sobre todo con mi madre, no es lo mismo que si los tuviera cerca, por eso Ada y Chase son tan importantes para mí. Lo entiendes, ¿verdad?

Y este es un breve resumen de mi estado actual. Bueno, me ha faltado decirte que cumplí los veintisiete años en junio, y que hace unos meses tuve la osadía de tintarme el pelo de azul. Ya sé que puedes pensar que este no es un detalle relevante digno de destacar, pero déjame aclararte que sí que lo es, porque trabajo

en uno de los bufetes de abogados más importantes de la ciudad y vivo rodeada de trajes chaqueta, corbatas, pelos engominados, melenas impecables, zapatos de tacón, faldas a la altura de la rodilla y manicuras aburridas, y luego estoy yo, la loca del pelo azul, en palabras de Supernick, claro, porque de loca tengo bien poco. Tendrías que haber visto la cara que puso el señor Sullivan, mi jefe, cuando me vio entrar en su despacho. Te juro que casi me cuesta el puesto y que todavía tenemos discusiones al respecto. Suerte que no puede vivir sin mí porque soy megaeiciente en mi trabajo y porque, aunque no me lo diga, sé que me tiene aprecio, como yo a él, aunque tampoco se lo diga y a pesar de que a veces sienta deseos de matarlo.

¡Ah, sí! Otra cosa que no te he contado es que soy la canguro de los Anderson, mis vecinos del segundo. La versión oficial, o al menos la que todo el mundo conoce, es que ejerzo como canguro de esos dos pequeños terroristas porque así los Anderson no pueden quejarse cuando doy una de mis fiestecitas, pero la extraoficial y la que es un secreto es que yo soy más terrorista que ellos y que me lo paso de miedo cuando tengo que cuidarlos. Y encima me pagan. De coña.

Y ahora sí que te lo he contado todo, al menos lo esencial y lo que necesitas saber para poder seguirme; vamos a coger un poquito de confianza tú y yo antes de que me abra de verdad contigo. Venga, acompáñame a comer que tengo hambre y he de presentarte a Ada y a todo el mundo. Por cierto, vamos a almorzar con ella en Dylan's Lobster. Qué pena que no puedas saborear el pedazo de sándwich de cangrejo y langosta que voy a zamparme, inconvenientes de ser una mera lectora y no la protagonista.

¡Mira, ahí está Ada! Y ahora calladita, ¿eh? Luego ya, si quieres, seguimos hablando.

—¡Holaaa! ¿Cómo está la futura esposa de Supernick? —le pregunto con guasa cuando llego hasta donde está sentada, provocando su carcajada. Madre mía, como siga así de *happy*, va a terminar escupiendo confeti cada vez que abra la boca, lo que yo te diga.

—Fenomenal. ¿Y cómo está mi loca del pelo azul? —me formula, levantándose para darme un abrazo.

—Deja de meterte con mi pelo, ¿quieres? —le pido correspondiendo a su abrazo. Dios, cómo la echo de menos, y puede que suene egoísta esto que voy a soltarte, pero te prometo que una parte de mí mataría para que todo fuese como antes de que empezara lo suyo con Nick o como antes de que yo le metiera la lengua hasta los pulmones a Chase. Supongo que no me gustan los cambios; al menos, estos cambios.

—Lo siento, es que no me gusta nada ese color —me mienta con una dulce sonrisa—. ¿Ya te has hecho el tatuaje o esta vez también te has echado atrás? —me pincha guiñándome un ojo y la miro todo lo mal que puedo.

—Y dale con que me eché atrás. Qué pesadita eres, de verdad. Simplemente no pude ir y luego lo fui dejando —me defiendo como tantas veces he hecho desde entonces.

—Claro, lo que tú digas —me contesta empleando ese tonito condescendiente que me supera.

—Pues claro, lo que yo digo —replico quitándome la chaqueta—. Tía, qué frío hace ya, ¿no? Lo que daría por estar otra vez en pleno agosto a las tres de la tarde —prosigo añorando esas tardes bochornosas en las que parece que el suelo arda. No puedo evitarlo, me encanta el calor en plan bestia; puede que sea porque me crié viendo llover casi todos los días y aquí, cuando llega el invierno, es la guerra, climatológicamente hablando, claro está, así que, si por mí fuera, viviría en agosto todo el año.

—Ay, calla, lo último que me apetece en este momento es eso. Venga, contéstame, ¿te has tatuado o no? —insiste, y yo, sin responder, me doy la vuelta y estiro el suéter para mostrarle el pequeño dibujo que decora mi omoplato.

—¿Te has tatuado a Mary Poppins? —plantea soltando una risotada y me vuelvo para encararla, enarcando una de mis cejas.

—Iba a tatuarme, en cursiva, «Despacho del señor Sullivan, buenos días, ¿en qué puedo ayudarle?», pero era demasiado largo —le cuento con sorna—, así que al final opté por este, ¿algún problema? —le pregunto intentando ponerme serio sin llegar a conseguirlo, porque estoy como una niña con zapatos nuevos con mi tatuaje.

—No, ¡qué va! Pero esto era lo último que esperaba ver y,

oye, que me gusta un montón, es como en la película, cuando aparece bajando del cielo con su paraguas, su maletín, su sombrero y su falda larga. Ostras, me han entrado ganas de verla.

—Y a mí —le digo haciendo una mueca, tomando nota mental de ponérmela esta tarde—. ¿Alguna vez te he contado que era mi película favorita cuando era pequeña? —inquiero tomando asiento—. Mi madre hacía palomitas dulces y la mirábamos juntas —continúo, recordando las tardes de lluvia, la chimenea encendida y a mamá y a mí viendo esa película conmigo acurrucada junto a su cuerpo. «Era como su pegamento», pienso divertida rememorando la niña que fui.

—¿Por eso te la has tatuado? ¿Porque echas de menos esos años?

—Qué va... bueno, un poco, sí... A ver, no es que eche de menos ser pequeña y volver a ser el palillo del colegio, o tener que pedir permiso para hacer cualquier cosa y todo ese rollo, pero añoro tener a mi familia cerca, a mi madre sobre todo, y esta película es como un nexo con ella y con todos esos recuerdos que me hacen sonreír —le explico cogiendo la carta para echarle un vistazo a pesar de que tengo claro lo que voy a pedir.

—¿Nunca has pensado en regresar?

—¿Pensabas tú en regresar antes de lo de Supernick?

—Sí, por supuesto que me lo planteé alguna vez, sobre todo cuando me sentía estancada o frustrada con él, que era muy a menudo, solo que, al final, nunca lo hacía —contesta con una media sonrisa, encogiéndose de hombros.

—Pero eso es porque no lo pensabas en serio —le rebato apuntándola con mi dedo índice—. Supernick siempre ha tirado mucho de ti, incluso cuando te ignoraba —afirmo, arrancándole una resplandeciente sonrisa—. Tía, qué pillada estás de él —añado, percatándome del tono acusatorio con el que he formulado la frase.

—Tanto como tú de Chase —replica como si nada.

—Sí, claro, lo que tú digas. ¿Qué vas a pedir? Yo, el sándwich de cangrejo y langosta. Tengo vicio con ese sándwich, tendría que haberme tatuado eso —bromeo, cambiando de tema a propósito, porque la conozco y no hay nadie más insistente que ella, sobre todo cuando cree que debe mediar o inter-

ceder en algún asunto; además, lo hace de maravilla, porque es sutil y dulce, y encima te sonrío como si no estuviese a punto de poner el dedo en la llaga y apretar.

—Sabes que no voy a dejarlo pasar, ¿verdad? Venga, empuja a soltar —me pide esbozando esa dulce sonrisa que ya estaba tardando en aparecer en su rostro.

Y ahora un inciso. No sé si has visto ese meme de Julio Iglesias que termina con un «y lo sabes». Pues en estos momentos es como si lo tuviese frente a mí, apuntándome con su dedo índice y diciéndome «vas a terminar contándoselo todo y lo sabes». Y tanto que lo sé.

—Es que no hay nada que decir: sigue evitándome, igual esto es ya para siempre, como una enfermedad crónica —le cuento rindiéndome finalmente, porque Julio Iglesias tiene razón y voy a terminar contándoselo todo. Demasiados años a su lado.

—Menuda comparación —comenta echándole un vistazo a la carta.

—Pero es la verdad. Tú te has ido, nosotros la hemos fastidiado mucho y posiblemente lo mejor sea que nos alejemos y que cada uno siga a lo suyo siendo simples vecinos de esos que se limitan a darse los buenos días o las buenas noches cuando se cruzan en el rellano.

—Bueno, también te puede pedir sal o tú a él.

—No creo, al menos por mi parte. Antes cocino sin ella que llamo a su puerta.

—Qué orgullosa eres, tía. —Y no hay que ser un lince o agudizar demasiado el oído para percatarse de que la que ahora ha empleado el tono acusatorio o más bien reprobatorio ha sido ella.

—¿Tú crees? Porque lleva meses pasando de mí. Es como si no nos conociésemos de nada cuando lo hemos tenido incluso durmiendo en el sofá de casa y... oye, esto que quede entre nosotros, pero me entran sofocos, como si estuviese en la menopausia, cada vez que recuerdo el beso que nos dimos —le comento bajando el tono de voz—, y ahora me ignora, ¡tócate las narices!

—Y sigues cabreada.

—Es que hay cosas que no entiendo —le digo, guardando a continuación silencio cuando el camarero se acerca a tomar-

nos nota—. A ver, que yo soy la primera que sabe que la fastidiamos mucho y que ese beso fue un error y una tremenda metedura de pata, pero, vamos, que tampoco matamos a nadie. Te juro que me siento como una apestada —le confieso con seriedad cuando estamos a solas de nuevo. Apestada y rechazada. Las dos cosas, pero esta última me cuesta verbalizarla.

—Conozco esa sensación —afirma para luego mantenerse callada unos segundos—. Yo me sentí como tú durante años, como si fuese portadora de una enfermedad infecciosa, ¿te acuerdas?, y creía que Nick me ignoraba cuando, en realidad, estaba loco por mí. No vemos el mundo que es, vemos el mundo que somos, y tú...

—Desde que estás con Nick te estás volviendo muy filosófica y rarita —la corto molesta—. Me está ignorando, en mi mundo, en el tuyo y en el de ese camarero, déjate de chorradas, ¿quieres?

—Lo que estoy intentando hacerte entender es que las cosas no son como las vemos o como las percibimos. Si yo hubiese estado en lo cierto y Nick me hubiera ignorado de verdad, en este momento no estaríamos prometidos —me dice mostrándome el anillo de compromiso que lleva en el dedo—. Sinceramente, creo que Chase te está evitando, pero no por lo que crees, sino porque no tiene ni idea de cómo actuar contigo.

—Sí, claro, ahora será eso.

—A ver cómo te lo explico... Es como si tuvieras una enorme pegatina fluorescente pegada al cuerpo en la que pudieras leer: alocada, divertida, preocupada, desordenada —prosigue, haciendo especial énfasis en esa última palabra— y muy extrovertida, pero luego, cuando quitas esa pegatina, descubres que hay mucho más y que, cuando se trata de tíos, eres todo lo contrario y un hueso duro de roer. Resulta muy fácil estar a tu lado siendo tu amigo, pero muy complicado cuando se arranca ese adhesivo.

—Ni que fuera un chicle —le rebato torciendo el gesto.

—Ya sabes a lo que me refiero. Tía, contigo no hay espacio para el gris, o es blanco o es negro, eres muy radical y...

—Ah, pero que hay más —la interrumpo mosqueada, y no porque no tenga razón, sino porque la tiene toda y me molesta

escucharlo—. Además, aunque estuvieras en lo cierto, no le ha dado tiempo a saber cómo soy porque se ha esfumado, ha desaparecido, pím, pam, ¡fuera! Es como si se hubiera mudado de piso y no me hubiese enterado. ¿Qué tío hace eso? Te juro que esto es lo último que esperaba que sucediera, la verdad.

—Bueno, podrías intentar acercar posturas.

—Que intente acercarlas él —replico disgustada, provocando su sonrisa.

—No te estoy diciendo que vayas arrastrándote en su busca, pero podrías llamar a su puerta o...

—Que llame él a la mía —la corto con sequedad, porque nunca me ha gustado ir detrás de nadie. Si el tío en cuestión no ha querido saber nada de mí, yo mucho menos de él.

—O dejarte caer algún día por el almacén. Sabes cuándo ensayamos y yo soy tu excusa perfecta; no sé, podrías pasar a recogerme, con el pretexto de contarme algo o vete tú a saber. Además, así lo verías bailar. Menudo espectáculo, Noe, él y Kyle son la leche, tía, cómo se mueven —suelta con admiración, y siento como una tonelada de mariposas se instalan en mi vientre batiendo sus alas con fuerza.

—Y que crea que me gusta. No, gracias, prefiero vivir con una enfermedad crónica a ir mendigando su atención.

—¿Te das cuenta? —me pregunta soltando una carcajada—. En serio, a veces me gustaría poner un espejo frente a ti para que te vieras, porque tú y yo sabemos que, tras esta apariencia de chica dura, hay un corazón megaenorme, pero no dejas que el resto lo vea, sobre todo quien tiene que hacerlo. Aquel día, cuando viniste al almacén con Nick, desprendías rechazo por todos los poros de tu piel. Si yo, que estaba más pendiente de Nick que de ti, pude darme cuenta, imagínate él. ¿No lo has pensado? Podrías haberle sonreído o haberte acercado a él para saludarlo, al fin y al cabo, es tu mejor amigo, y, en cambio, te cruzaste de brazos y lo encaraste. Por supuesto que le ha dado tiempo para saber que, contigo, tonterías las justas —concluye y, durante un segundo, mi mente corre hasta ese día...

* * *

—Hola, Noe, ¿a ti también te ha invitado Ada? —me preguntó clavando su mirada azul oscuro en la mía, impresionándome con ella, tal y como hacía al principio de conocernos. Supongo que por eso me puse un poco a la defensiva, porque no me gusta sentirme intimidada y menos aún rechazada, y de eso último llevaba mucho acumulado, y porque, puestos a dar puñetazos, en sentido figurado, por supuesto, prefiero ser yo la que dé el primero.

—Está claro que no has sido tú —le respondí con acritud, sin soltar los brazos que tenía cruzados a la altura del pecho. Desafiándolo. Retándolo. Y alejándome de él.

* * *

—¿Recuerdas cuando yo me refería a Nick como «una ciudad desconocida» en la que caminaba a ciegas con los ojos vendados? Puede que Chase sea tu ciudad desconocida, o tú la suya, y en vuestra mano está perderos o descubrirlos. Haz lo que quieras, pero, si yo fuera tú, elegiría la segunda opción, porque te aseguro que puede ser alucinante —oigo que me dice, sacándome de mis pensamientos, y suelto todo el aire de golpe, guardando silencio cuando veo llegar al camarero con nuestra comida.

—¿Ya has empezado a buscar el vestido de novia? —le pregunto deseando hacer a un lado el tema de Chase y salivando ante el sándwich que tengo frente a mí.

—¿Sabes que estaba pensando utilizar el de mi madre? Todavía lo tiene guardado y es superbonito; sencillo, como a mí me gustan, con el cuerpo liso, una cinta de raso en la cintura y la falda plisada. Perfecto para casarme en una playa —me cuenta y, durante un instante, recuerdo su historia con Nick; lo complicado que fue al principio, la cantidad de veces que discutieron, lo perdidos que iban y cómo, poco a poco, fueron encontrándose. Puede que Chase y yo no discutamos, pero es evidente que vamos tan perdidos o más de lo que iban ellos y en nuestra mano está arreglarlo o seguir así—. Blair y Alexa quieren llevarme de tiendas para que vea más vestidos, pero estoy segura de que será una pérdida de tiempo, porque me encanta

el de mi madre y, además, me gusta la idea de llevar su vestido —me explica esbozando una sonrisa.

Blair, para que no te pierdas, es la mejor amiga de Nick, y él, además de ser el prometido de Ada, es un fotógrafo de moda que hará historia si no la ha hecho ya. Tanto Ada como ella forman parte de su equipo; mi amiga, como peluquera y maquiladora, y Blair, como su mano derecha. Alexa es la hija adolescente de Blair, con la que Ada ha hecho muy buenas migas, pero eso se veía venir, porque mi excompañera de piso se lleva bien con todo el mundo. Ella no se cubre con pegatinas que oculten cómo es en realidad, porque lo que ves es lo que hay; es dulce, muy tímida si no tiene confianza, cariñosa y nada rencorosa. Lucha por lo que merece la pena y gana con todo lo bueno que tiene dentro. Yo, en cambio, me encierro en mí misma. Muestro lo que quiero que la gente vea y guardo para mí lo que soy y lo que siento de verdad. Por eso yo no gano y mis relaciones nunca llegan a un cambio de estación.

—... en unos días nos vamos a París, para que Nick conozca a mi madre, y de allí ya volamos a La Rioja. No sé si te lo he contado, pero se casan Valentina y Víctor —me dice, y tengo que obligarme a centrarme y no despistarme.

—¿Ya? Dios, cómo pasa el tiempo... Lo tuyo con Nick empezó cuando ellos os invitaron a cenar, ¿te acuerdas? Menuda cogorza cogiste —le recuerdo con una sonrisa, provocando su carcajada—, y ahora se casan y luego os casaréis vosotros. ¿Por qué os ha dado a todos por las bodas?

—Porque nos queremos, porque queremos estar juntos para siempre, formar una familia y todas esas cosas, ya sabes —me cuenta divertida.

—Como sigas así vas a empezar a sudar felicidad y a escupir confeti —suelto, haciéndola reír otra vez—. ¿Sabes? Yo no creo en el matrimonio; creo en el amor, sí, pero solo mientras dure, en tener hijos... pero no sé si puedes querer a la misma persona siempre... Bueno, tú sí, pero porque eres de otra especie.

—¿Y de qué especie soy si puede saberse? —me pregunta sin borrar su sonrisa.

—Ya te lo he dicho, de las que sudan felicidad, escupen

confeti cuando hablan y son de color rosa —contesto sonriendo yo también.

—¿Recuerdas esa tarde mientras nos arreglábamos para salir? Yo me estaba metiendo contigo porque la noche anterior habías cogido tal borrachera que llegaste a la cama a rastras porque temías caerte —rememora, provocando mi carcajada—. ¿Y recuerdas lo que me dijiste? —me pregunta, silenciando mi risa—. «Tú búrlate, que la vida es muy perra y, de lo que hablarás, tocarás.» Igual eres tú la que dentro de unos meses se vuelve de color rosa, suda felicidad y escupe confeti cuando habla, ya sabes lo perra que puede ser la vida y cómo le gusta al de ahí arriba que nos comamos nuestras palabras —añade como si nada, guiñándome un ojo.

—Tú sí que eres perra —le dedico, y Ada suelta una risotada—. Oye, ¿podemos cambiar ya de tema? Estoy harta de este —le confieso mientras mi amiga le da un buen mordisco a su sándwich.

—Como quieras, tú verás... Tía, creo que voy a vivir en esta mesa para poder comer este sándwich a todas horas —me dice poniendo los ojos en blanco y provocando esta vez mi risa.

—Por cierto, estoy buscando compañera de piso. Está claro que tú no vas a regresar y yo no quiero convertirme, de verdad, en la loca del pelo azul —le comento viendo con envidia que todavía le queda un poco—. ¿Nos pedimos otro y nos lo comemos a medias? Estoy salivando de verte y todavía tengo hambre.

—¿En serio?

—Sí, tía. Uno es poco y dos, con todo lo que lleva, es mucho; tendrían que poner en la carta la opción de media ración.

—¡No me refiero a eso! Digo lo del piso, creía que te apetecía vivir sola.

—Y me apetecía. Bueno, ¿te apuntas a lo del sándwich o qué?

—Venga, pídelo. Entonces, ¿estás buscando compañera de piso? —me plantea mientras yo llamo al camarero que está atendiendo nuestra mesa.

—¿Puede traernos otro más y también un plato de camarones rellenos de cangrejo, por favor? —le pregunto viendo cómo mi amiga ensancha su sonrisa—. ¡Ah!, ¡y otra gaseosa para mí! ¿Tú quieres? —inquiero, salivando de nuevo de tan

solo imaginar lo que voy a zamparme, y ella niega con la cabeza.

—¿No íbas a pedir solo el sándwich? —me formula divertida una vez que estamos a solas otra vez.

—Es que esa salsa de chile dulce es mi perdición.

—Todo es tu perdición; de verdad, no sé cómo puedes estar tan delgada con todo lo que ingieres.

—Oye, que tú engulles tanto o más que yo. Tendríamos que haber pedido un sándwich para cada una, vamos a quedarnos a medias —le digo arrepintiéndome de no haber encargado dos.

—Ya, pero yo no estoy tan delgada como tú. Nick alucinaba al principio conmigo con lo que comía, acostumbrado como estaba a rodearse de modelos que solo se alimentaban de cosas verdes. Por cierto, hay un sitio al que tenemos que ir a desayunar un día. ¡Dios mío de mi vida, qué bueno está todo allí! Lo malo es que no sirven para llevar —se queja mientras ponen frente a nosotras el plato de camarones y el sándwich, además de la gaseosa.

—Tía, me entra hambre solo de oírte —le confieso pasándole su mitad—. ¿Cuándo vamos? —le planteo antes de darle un buen mordisco a la mía.

—Cuando regrese de La Rioja, ¿te parece?

—Podrías darme la dirección y ya voy yo haciendo la avanzadilla.

—De eso nada, quiero ir contigo y así tendremos la excusa perfecta para que me cuentes tus progresos con Chase. Oye, no me has contestado, ¿cómo es que has cambiado de opinión? Sobre lo de compartir piso, digo.

—Está claro: tú te has ido, Chase y yo ni nos miramos, y con la señora Wilson y la señora Smith no voy a hablar de tíos; además, están muy sordas y no se enterarían de nada —respondiendo, haciendo referencia a nuestras vecinas del primero—. Los Anderson no son una opción y sus hijos menos, y hablar sola todo el tiempo es un coñazo, así que he decidido probar... Igual encuentro a una tía maja, quién sabe. He quedado esta tarde con una tal Alex para conocerla, ¿te apetece venir y me ayudas a darle el visto bueno?

—Hecho —acepta, y guarda silencio durante unos minutos mientras come—. ¿Te cuento una tontería?

—Soy toda oídos.

—Me da pena que otra persona se instale en mi cuarto y viva contigo, y es una bobada, porque yo estoy muy feliz con Nick, pero... esa es mi habitación, mi piso, y tú, la loca hiperventilada de mi amiga y ahora otra persona ocupará mi lugar —me dice, y siento cómo la tristeza se desprende de su voz.

—Nadie podrá nunca ocupar tu lugar —afirmo sintiendo la garganta ligeramente cerrada, porque es la verdad y hay personas que son irremplazables, que se meten tan dentro de ti que jamás, aunque las cosas cambien, desaparecen de tu vida, y Ada es de esas personas. A ella te la llevarías a casa sin pensarlo y nunca te arrepentirías.

—Es cierto, a ver dónde vas a encontrar a alguien que ponga orden cuando tus fiestecitas se desmadran, que limpie el apartamento y haga la compra. En serio, debes de echarme muchísimo de menos —me responde con guasa—. Esa Alex no sabe la que le espera contigo. Como no sea un poco ordenada, vais a terminar viviendo en una pocilga.

—Pero qué exagerada eres —le contesto cogiendo un camarón y mojándolo todo lo que da de sí en la salsa—. Si vieras lo ordenadito y limpiito que lo tengo todo...

—¡Bah!, pero seguro que es para causarle una buena impresión, pobre chica cuando descubra la cruda realidad —me rebate entre risas—. ¿A qué hora has quedado con ella?

—En media hora. Venga, vamos a pagar, que no quiero que llegue ella antes que nosotras —le digo cogiendo el último camarón y alzando el brazo para pedir la cuenta.